



DE PASTORES Y PREDICADORES



ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

EL PASTOR Y SU LLAMADO

Porque ni aun el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

JESÚS

Introducción

En una de sus visitas a nuestra iglesia, el Dr. Hershael York del *Seminario teológico bautista del sur*, dijo a nuestra iglesia: «Cristo no nos dijo toma tu almohada y sígueme, sino toma tu cruz y sígueme». Si eso es cierto para todo seguidor de Cristo, lo es aún más para el pastor de sus ovejas. Este es nuestro llamado: seguir a Jesús mientras llevamos nuestra cruz. Cuando Jesús nos ordenó llevar nuestra cruz, estaba haciendo referencia al sacrificio que implica ser uno de los suyos hasta el punto de llegar a ser odiados por los miembros de tu propia familia. En Mateo 10, encontramos las palabras de Jesús con relación al costo del discipulado:

No penséis que vine a traer paz a la tierra; no vine a traer paz, sino espada. Porque vine a poner al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su misma casa. El que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no

toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que ha hallado su vida, la perderá; y el que ha perdido su vida por mi causa, la hallará (Mat. 10:34-39).

Este es un buen recordatorio de que la vida cristiana y en especial el ministerio pastoral es un llamado al sacrificio por las ovejas del Señor. Jesús identificó su misión como un llamado al servicio al declarar: «Porque ni aun el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Mar. 10:45). Observamos a Cristo en la cruz dando su vida por muchos en total sumisión a los propósitos de Dios. En Getsemaní Él declaró: «que se haga tu voluntad y no la mía». ¡Este es el ministerio pastoral! Morir a ti mismo para que otros tengan vida, morir a tus deseos, a tus aspiraciones y a tus sueños; morir a tus «derechos» y a aquellas cosas que deseabas realizar de este lado de la eternidad para pastorear el rebaño de Dios. Lo haces para gloria de Dios; lo haces porque amas a Dios y porque sabes que tienes toda una eternidad por delante de ti esperándote con deseos y deleites muy por encima de todo lo que es pasajero y temporal. Quizás años atrás había una mejor conciencia del peso del ministerio pastoral y del llamado a dicho ministerio que lo que vemos hoy con cierta frecuencia. Es de vital importancia entender el llamado pastoral porque muchos se entusiasman con la idea de estar detrás de un púlpito exponiendo la Palabra de Dios, sin considerar que el pastorado es mucho más que la predicación.

¿Quién elige a los pastores?

¿Quién llama, elige y ordena a los pastores? Estas preguntas parecen ser similares, pero tienen connotaciones diferentes. De inicio diremos que un contrato de trabajo con una iglesia y una ordenación pastoral, no hacen a un pastor, pues esto no es un llamado terrenal. Una iglesia local puede reconocer el llamado que Dios haya hecho previamente sobre la vida de una persona. Una iglesia podría y debe ordenar a los pastores. Pero es posible tener muchos títulos y ofertas de contrato de las mejores iglesias y no ser pastor ante los ojos de Dios. El llamado lo hace Dios.

Un seminario prepara mejor a alguien que ya fue llamado por Dios al pastorado o que será llamado posteriormente. Como dijimos, es Dios quien hace el llamado por encima de todo, pues es algo sobrenatural que no se relaciona con la persona. En Hechos 20, leemos de cuando Pablo se despidió de los ancianos de la iglesia de Éfeso, estando en la ciudad de Mileto.

En el pasaje de Hechos 20:18-38 observamos el mejor discurso que un pastor pudiera compartir con un grupo de pastores sobre cómo considerar el ministerio pastoral. Volveremos a ver este pasaje en el capítulo ocho. Quiero por ahora invitarte a leer con detenimiento todo el pasaje, pero por ahora, te invito a leer aquí esta porción que deseo analizar:

Tened cuidado de vosotros y de toda la grey, en medio de la cual el Espíritu Santo os ha hecho obispos para pastorear la iglesia de Dios, la cual El compró con su propia sangre (v. 28).

Estas dos afirmaciones, deben elevar nuestra atención al considerar el ministerio pastoral:

1. Dios hace el llamado y
2. Dios coloca ovejas en nuestras manos, que fueron adquiridas por la sangre de su Hijo.

¿Te imaginas esto? Que Dios pide que cuides personas compradas por su Hijo a precio de sangre; ¡esto no es algo minúsculo! Esta verdad le agrega sobriedad al ministerio y, hasta cierto punto, me llama la atención y me eriza los pelos, como diríamos, porque cada vez que das un consejo, cada vez que oficias un casamiento, cada vez que cuidas a alguien, cada vez que predicas, tienes delante de ti personas que le pertenecen a Dios y que fueron compradas a precio de sangre.

Por otro lado, cuando Pablo le escribió a Tito, señaló: «Por esta causa te dejé en Creta, para que pusieras en orden lo que queda, y designaras ancianos en cada ciudad como te mandé» (Tito 1:5). En otras palabras, Dios hace el llamado, pero alguien va a tener que reconocerlos y colocarlos en su posición. Se necesita un reconocimiento

humano y, en este caso, Tito tenía esta responsabilidad. Es necesario que los ancianos, pastores y la iglesia misma hagan el reconocimiento, pero esto comienza arriba, en los cielos; y es importante que nosotros podamos recordar esta verdad.

El llamado no es un simple deseo. No es algo que dejas a un lado después de un año porque simplemente se terminó la luna de miel. El llamado no es simplemente una pasión. Es una convicción de que Dios te ha separado de tu propio curso para colocarte en una trayectoria donde puedas servir a Dios y a su pueblo para su gloria, sacrificando aquello que otros disfrutaban, aun si aquello no es pecaminoso en sí mismo. Las pasiones pueden ir y venir; son cambiantes. Por el contrario, el llamado es una convicción y la convicción no es solo un fuerte sentimiento, es un convencimiento de que Dios te separó del curso que seguías para colocarte en una posición de servicio a Dios.

El gran predicador de Inglaterra, Charles Spurgeon describió el llamado pastoral de esta forma:

¿Cómo puede saber un joven si es llamado o no? Esa es una pregunta de peso y deseo tratarla del modo más solemne. Pido dirección divina al hacerlo porque cientos han errado el camino y han tropezado contra un púlpito. Es dolorosamente evidente por los ministerios infructíferos y las iglesias decadentes que nos rodean. Es una terrible calamidad para un hombre equivocarse en su llamado y también lo es para la iglesia a la que él se impone a sí mismo. Su error encierra una aflicción de las más graves.¹

En este ensayo de Spurgeon titulado «*Lectures to my Students*» («Discursos a mis estudiantes»), escrito en los años 1800, él denota que cientos de personas han errado en su llamado y «han tropezado contra un púlpito».

El príncipe de los predicadores, como era llamado Spurgeon, agrega, que esto se evidencia en ministerios infructíferos e iglesias

1. Spurgeon, Charles, *Lectures to my students* [Discursos a mis estudiantes], reprint of 1875 ed., (Grand Rapids: Baker, 1980), p. 22.

decadentes. Sin embargo, llama aún más nuestra atención que él declara: *«esa es una pregunta de peso y deseo tratarla de modo más solemne. Pido dirección divina al hacerlo»*. Esto ocurrió en el contexto de la enseñanza como parte de conversaciones con sus estudiantes. Spurgeon enfatiza que aun para hablar del tema, debido a la solemnidad del mismo, él necesita la ayuda de Dios. Quien realmente entiende el ministerio pastoral es Dios; Él conoce la naturaleza del ministerio y su solemnidad. De modo que, la mejor manera de tener una idea clara y bíblica de lo que es el ministerio pastoral, es analizar el ministerio del Señor Jesucristo.

Llamados a ser ejemplo

Ya he establecido que Dios es quien llama a los pastores de su iglesia. Ahora necesitamos considerar a qué nos llama Dios. Veamos lo que Pedro dice en 1 Pedro 5:2-3:

[P]astoread el rebaño de Dios entre vosotros, velando por él, no por obligación, sino voluntariamente, como quiere Dios; no por la avaricia del dinero, sino con sincero deseo; tampoco como teniendo señorío sobre los que os han sido confiados, sino demostrando ser ejemplos del rebaño.

Dios nos llama a pastorear ovejas con un deseo sincero, no solo motivados por un sentido de responsabilidad, sino con un sentido de entrega, motivados por la obra de Cristo en la cruz y su amor hacia nosotros. Esto debe ser cierto a la hora de predicar, de aconsejar, de oficiar una boda o un funeral... todas y cada una de esas actividades deben ser realizadas porque nuestro corazón tiene un deseo de glorificar a Dios a través del cuidado de sus ovejas, con un sentido de agradecimiento y no por recibir un salario. Al escribir a los corintios, el apóstol Pablo señaló:

Pues el amor de Cristo nos apremia, habiendo llegado a esta conclusión: que uno murió por todos, por consiguiente, todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no

vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos
(2 Cor. 5:14-15).

Pablo realizó su ministerio motivado por el amor de Cristo. «Hay dos cosas que siempre he considerado como requisitos en un pastor: su labor y su amor. El primero es un trabajo de la mente y el segundo es un trabajo del corazón. Una labor fiel hablará de su amor y un amor sincero endulzará su labor».²

De igual modo, el ministerio pastoral nunca debe realizarse al ejercer señorío de acuerdo con el texto de 1 Pedro que leímos más arriba. No debes imponerte, ser autocrático, ni desear que las cosas se hagan simplemente porque «soy el pastor». Eres pastor y las ovejas deben de obedecerte, pero no por imposición. La obediencia impuesta no es obediencia, sino sometimiento; y un sometimiento impuesto no es a lo que Dios nos ha llamado. Dios llama a las ovejas a someterse a sus pastores, pero llama a los pastores a modelar el carácter de Cristo recordando que un día daremos cuenta por cada oveja de nuestro redil:

Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta. Permitidles que lo hagan con alegría y no quejándose, porque eso no sería provechoso para vosotros (Heb. 13:17).

Este versículo pone un peso enorme sobre los hombros del pastor. Pensar que un día tendremos que pararnos delante del Juez del universo a rendir cuentas de cada oveja es algo que debe sobrecogernos. Es necesario recordar que todos dejamos un ejemplo y por el ejemplo dejado daremos cuenta al Pastor de pastores. La pregunta es, ¿qué clase de ejemplo estamos dando? El ejemplo de Cristo es de los que deja una marca que perdura. En el caso del pastor, lo que marca a las ovejas, no es su oratoria, no es su carisma, no es

2. Swinnock, George, *The Pastor Farewell* [La despedida del pastor], citado por J. Stephen Yuille, *A Labor of Love* [Una labor de amor] (Grand Rapids: Reformation Heritage Books, 2013), 4.

su conocimiento del griego y el hebreo; lo que marca a las ovejas, por encima de cualquier otra cosa, es el carácter del pastor. «Nuestros ministerios están moldeados por la condición de nuestros corazones. Lo que gobierna nuestros corazones, controla nuestros ministerios».³

El carácter del pastor

¿Qué es lo más importante en la vida de un pastor?

¿Sus talentos y sus dones?

¿Su preparación académica?

¿Su llamado?

¿Su carácter?

- **Los dones y talentos** son importantes, pues sin estos una persona no puede pastorear.
- **La preparación académica o el estudio** es importante, ya sea de manera formal o informal. Tanto en el presente como a través de la historia de la iglesia, grandes hombres de Dios nunca asistieron a un seminario, sin embargo fueron estudiosos o autodidactas. Se dice que Charles Spurgeon, quien nunca asistió a un seminario, tenía una biblioteca de más de 12000 volúmenes.⁴ Sin duda él era un hombre preparado.
- **El llamado y el carácter** tienen importancia vital. Podemos decir que lo más importante al pastorear es el llamado. Grandes hombres de Dios poseen un carácter ejemplar, pero no tienen un llamado pastoral. Un ejemplo de esto, podrían ser muchos de los profesores de seminario, que no son pastores pero tienen un carácter probado, ejemplar e irreprochable. Otros tienen un nombre famoso o dirigen mega iglesias, pero no tienen carácter.

3. Yuille, J. Stephen, *A Labor of Love* (Grand Rapids: Reformation Heritage Books, 2013), 36.

4. Librería personal de Spurgeon, *The Spurgeon Archive*, <http://www.romans45.org/spurgeon/fsl/library.htm>

Tanto el llamado como el carácter son esenciales a la hora de ejercer el ministerio. Por otro lado, alguien puede ejercer el pastorado y tener un llamado, pero estar fuera de tiempo y, por tanto, no tener el carácter necesario.

Si bien es cierto que el llamado con frecuencia precede al carácter (como fue el caso de los apóstoles), no es menos cierto que el carácter debe preceder al ejercicio del llamado, como observamos en los primeros capítulos del libro de los Hechos. Jesús escogió a sus discípulos y luego se propuso formar su carácter. El carácter así formado salió a relucir tan pronto el Señor Jesús ascendió a los cielos. «El carácter es forjado sobre la base del tiempo. La palabra carácter proviene de un término griego y del latín que describe la marca que deja un instrumento o herramienta de grabado... no te despiertas un día teniendo un carácter piadoso. El carácter que posees actualmente ha sido formado sobre un período de tiempo por pequeñas elecciones y decisiones que han moldeado tu ser».⁵

Notemos el peso que Pablo da al carácter de la persona llamada a ejercer el pastorado en el siguiente pasaje:

Palabra fiel es ésta: Si alguno aspira al cargo de obispo, buena obra desea hacer. Un obispo debe ser, pues, irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, de conducta decorosa, hospitalario, apto para enseñar, no dado a la bebida, no pendenciero, sino amable, no contencioso, no avaricioso. Que gobierne bien su casa, teniendo a sus hijos sujetos con toda dignidad (pues si un hombre no sabe cómo gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la iglesia de Dios?); no un recién convertido, no sea que se envanezca y caiga en la condenación en que cayó el diablo. Debe gozar también de una buena reputación entre los de afuera de la iglesia, para que no caiga en descrédito y en el lazo del diablo (1 Tim. 3:1-7).

5. Thune, Robert H., *Gospel Eldership* [Pastorado según el evangelio] (Greensboro: New Growth Press, 2016), 35-36.

El texto menciona que el obispo debe ser irreprochable. Y el resto del pasaje indica las áreas donde él debe ser irreprochable. En otro capítulo abordaremos estas características. En algunos casos lamentables, la posición pastoral puede ser respetada porque implica poder y conlleva la idea de que las ovejas o seguidores deben someterse a su autoridad. El problema es que el poder sin carácter no transforma a las ovejas y no marca positivamente a los demás. Un pastor puede tener menos conocimiento que otros, pero tener un carácter moldeado por el evangelio de tal forma que impacte profundamente a aquellos que le siguen. A esto somos llamados. El énfasis número uno para el cristiano y sobre todo para el líder cristiano, es primero ¡carácter!; en segundo lugar, ¡carácter! y en tercer lugar ¡carácter!

La base de todo ministerio es la gracia de Dios. Sin ella no podemos hacer absolutamente nada. Más allá de su gracia, todo está relacionado con el carácter, ya que esto es lo que Dios respalda. Dios avala el carácter, no las posiciones, ni las grandes iglesias, ni los títulos académicos. Estas son cosas completamente secundarias al carácter de la persona.

El amor del pastor por su Señor es demostrado al pastorear el redil

Las Escrituras nos narran un encuentro, en la playa, entre Cristo y Pedro, después de la resurrección:

Cuando hubieron comido, Jesús dijo a Simón Pedro: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos? Le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Él le dijo: Apacienta mis corderos. Volvió a decirle la segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor; tú sabes que te amo. Le dijo: Pastorea mis ovejas. Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijese la tercera vez: ¿Me amas? y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas (Juan 21:15-17).

En cada caso, ¿cuál fue la respuesta? Apacienta (v.15, 17) y pastorea (v.16) mis ovejas. Cristo estaba enseñando a Pedro algo parecido a esto:

Pedro, antes de negarme dijiste que darías tu vida por mí. Cuando pregunté si tú podías beber de la copa que yo bebería, respondiste «sí». Cuando anuncié mi muerte, declaraste: «Señor, aunque todos te abandonen, yo nunca te abandonaré». Acabas de decir que me amas tres veces. Pedro, si no alimentas y pastoreas a mis ovejas adecuadamente, tú no estás mostrando que me amas.

De acuerdo a las palabras de Cristo, el amor por el Señor se refleja en el amor por las ovejas mientras cuidamos de ellas. Las ovejas representan a la esposa de Cristo, y Cristo señala que la demostración del amor por Él es el amor por su esposa. Si no es entendido de esta forma, no podremos ejercer el ministerio pastoral.

Las ovejas pueden ser rebeldes y pueden comportarse como los discípulos lo hicieron. Esto no debería sorprendernos dada la naturaleza humana. En una ocasión, los discípulos llegaron a Samaria y como no los recibieron, Juan y Jacobo declararon: «Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?» (Luc. 9:54). Estos discípulos llamados a ser apóstoles estaban dispuestos a quemar una aldea completa solo porque no los recibieron. Eran tan arrogantes que incluso pensaban que tenían el poder de hacer llover fuego del cielo.

A pesar de la rebeldía de las ovejas, nuestro llamado es a trabajar con ellas para que Cristo forme, de manera progresiva, su imagen en cada persona por quien derramó su sangre. Entender bien el llamado nos ayudará a permanecer en el ministerio. El ministerio pastoral es un gran privilegio, pero a la vez es una enorme responsabilidad.

El pastor y su dependencia de Cristo

Como parte del llamado, el trabajo pastoral viene con grandes exigencias y, por lo tanto, la única manera de poder sobrellevarlas es

dependiendo de nuestro Señor Jesucristo. El trabajo puede ser difícil, pero sin la dependencia de su Espíritu se hace imposible. De manera lamentable, muchos han sucumbido al tratar de ministrar en el poder de la carne, consciente o inconscientemente. No debemos olvidar las palabras de Cristo a sus discípulos en Juan 15:4-5:

Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer.

¡Nada, separados de Él, no podemos hacer absolutamente nada! Cuidamos ovejas compradas a precio de sangre como hemos venido diciendo. Esto nos permite entender el gran privilegio que representa el hecho que Dios delegue en nosotros esta labor. Dios puede hacerlo mucho mejor que nosotros y lograr resultados más rápido, pero en su soberanía no lo ha hecho así. Por lo tanto, la responsabilidad es cuidar las almas por las que Cristo pagó un precio extraordinario. Lo he dicho anteriormente y quiero enfatizarlo: el pastorado no es una posición, no es una carrera, no es un trabajo. Puede ser laborioso y difícil, pero no es un trabajo. Un trabajo, como se trata a nivel secular, se realiza por contrato. Pero, el ministerio pastoral se realiza por un llamado. El pastorado es la obediencia a la voz interna de Dios confirmada por un llamado externo que se representa mediante la afirmación de la congregación de aquel que recibió ese llamado.

Cuando Dios llama, el llamado es irresistible

«El llamado es la convicción incuestionable que un individuo posee de que Dios lo quiere haciendo una tarea específica».⁶

6. Prime, Derek y Begg, Alistair, *On Being a Pastor* (Chicago: Moody Press, 2004), 18.

Mientras vivía en Estados Unidos enseñaba en la escuela de medicina y ejercía la medicina de manera privada. En ese tiempo no quería regresar a mi país y con vergüenza confieso que sentía un rechazo profundo por el país que me vio nacer: sus indisciplinas, su falta de organización y los retos que enfrentamos como latinoamericanos. Cuando fui a los Estados Unidos, pensé que no regresaría. Probablemente, y en términos humanos, Dios se rio de mí. Al vivir allá durante casi 10 años, comenzó a surgir el deseo de dejar mi profesión y tomar una posición en el ministerio; pero yo quería quedarme en los Estados Unidos para ejercer el ministerio. Luego de 12 años de vivir allá, Dios cambió mi corazón. Mi esposa y yo regresamos a Santo Domingo (los detalles de este proceso los he excluido a propósito). No podía dejar de pensar en este nuevo deseo; era algo reciente; algo que me dominaba, que me controlaba hasta el punto que me quitó el deseo de permanecer en Norteamérica; me quitó el deseo de seguir enseñando medicina en aquel país; me despojó del deseo de seguir ejerciendo medicina allá y cambió mi corazón hasta el punto que mi mayor anhelo llegó a ser regresar a Santo Domingo a plantar una iglesia. Menciono esto porque el llamado de Dios es irresistible. El apóstol Pablo declaró: «porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer, para su beneplácito» (Fil. 2:13).

El llamado es claro, irresistible, controlador y persistente. Los sinsabores y días malos vienen, pero permaneces donde Dios te ha llamado. Habrá semanas cuando quizás quieras renunciar, pero permaneces porque hay algo que te dice: «Yo te he llamado. Tienes que permanecer».

«Dios siempre hace un llamado claro a aquellos a quienes Él ha elegido para el ministerio, de manera que cuando el llamado llega, ellos no pueden hacer otra cosa que no sea responder a él. Ellos no podrán decir que no».⁷

7. *Ibid.*, 19.

Estos son algunos ejemplos bíblicos de cómo es el llamado:

- Moisés (Ex. 3)
- Isaías (Isa. 6)
- Los apóstoles
- Pablo

Moisés

Moisés estuvo en el desierto por 40 años y repentinamente Dios le ordenó que fuera a Egipto a liberar a su pueblo. Después de argumentar con Dios, Moisés fue porque el llamado era irresistible y lo dejó sin opción (Ex. 3:1-12).

Isaías

En el capítulo 6 del Libro del profeta Isaías, tenemos quizás la mejor ilustración del llamado. Isaías tiene un encuentro con Dios y es llamado en medio de una visión extraordinaria de Dios en su trono:

Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, Santo, Santo, es el Señor de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria.

Y se estremecieron los cimientos de los umbrales a la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo. Entonces dije: ¡Ay de mí! Porque perdido estoy, pues soy hombre de labios inmundos y en medio de un pueblo de labios inmundos habito, porque han visto mis ojos al Rey, el Señor de los ejércitos.

Entonces voló hacia mí uno de los serafines con un carbón encendido en su mano, que había tomado del altar con las tenazas; y con él tocó mi boca, y dijo: He aquí, esto ha tocado tus labios, y es quitada tu iniquidad y perdonado tu pecado. Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí: Heme aquí; envíame a mí (Isa. 6:3-8).

Isaías es tan confrontado por su pecaminosidad frente a este Dios, santo, alto y sublime, que se siente desecho; desintegrado. Esta es la

idea que transmite el hebreo. Sin embargo, Isaías estaba dispuesto a ir a donde Dios lo enviara. Pero eso no es lo más importante. Dios llama a Isaías a un ministerio infructuoso, al que debería permanecer fiel. Veamos el llamado de Dios para este profeta de tanto renombre:

Y El dijo: Ve, y di a este pueblo: «Escuchad bien, pero no entendáis; mirad bien, pero no comprendáis». Haz insensible el corazón de este pueblo, endurece sus oídos, y nubla sus ojos, no sea que vea con sus ojos, y oiga con sus oídos, y entienda con su corazón, y se arrepienta y sea curado (Isa. 6:9-10).

Se le advirtió que el pueblo no le entendería y que no recibiría el mensaje. ¿Sabes cuál fue el fruto? Prácticamente, ninguno. ¿Puedes imaginarte eso después de 50 años de ministerio? Pero la visión de un Dios grande le dio la fortaleza para ministrar por cinco décadas sin ver resultados significativos. Eso es lo que cada pastor necesita para ejercer su ministerio con fidelidad: una visión grande de Dios. ¿Qué hace que un hombre como Isaías ministre 50 años en la misma posición sin respuesta de parte del pueblo? Solo el llamado de Dios, que es poderoso e irresistible.

Jeremías

Este hombre de Dios es conocido como el profeta llorón por su reacción emocional a las condiciones bajo las que le tocó ministrar. ¿Te imaginas lo que implica ministrar a un pueblo mientras este cae y sufre el juicio decretado por Dios? Te puedes imaginar el corazón de este hombre después de años de rebelión de parte del pueblo a pesar de la advertencia; de años de ser ignorado y finalmente presenciar la caída de Jerusalén y ser testigo de cómo el pueblo se iba al exilio. Es con ese corazón destruido que Jeremías escribe el Libro de Lamentaciones sobre la destrucción de la ciudad. Ese fue su llamado como profeta y debió permanecer en el mismo lugar a pesar de las circunstancias y sin importar los resultados. Él fue fiel al llamado de Dios y no dependía de ciertos resultados esperados.